

un joven, armado con una carabina, atacó solo á un escuadrón de caballería. Al descubierto, en medio del boulevard, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró y mató al que mandaba el escuadrón. Después exclamó:

—Ese ya no nos hará daño.

Y en seguida fué acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer, situada detrás de una celosía cerrada, hacia fuego contra la Guardia municipal; á cada tiro se veían temblar las hojas de la celosía. Prendieron á un muchacho de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos. Atacaron á varios cuerpos de guardia. En la entrada de la calle de Bertin, fuego de fusilería, muy nutrido é imprevisto, recibió á un regimiento de coraceros, á cuyo frente marchaba el general Cavaignac; en la calle de Planché-Mibray arrojaban de los últimos pisos sobre la tropa tientos de loza vieja y utensilios de cocina, lo que era mala señal, tanto, que al noticiar este hecho al mariscal Soult, el veterano de Napoleón, se quedó pensativo, acordándose de la frase de Suchet en Zaragoza:—*Estamos perdidos, porque las viejas nos vacían el orinal sobre las cabezas.*

Los síntomas generales que se forman en el momento de creerse localizado el motín, la fiebre de la cólera que volvía á adquirir fuerzas, las chispas que volaban acá y allá por encima de las masas tan combustibles de los arrabales de París, alarmaron á los jefes militares, que se apresuraron á apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse para después que se extinguieran éstos el ataque de las barricadas Maubée, Chanvrière y Saint-Merry, con el objeto de tener que luchar ya solo con ellas y concluir con la revolución de una vez. Lanzáronse columnas á las calles donde había fermentación, barrieron las grandes y registraron las pequeñas, ya con precaución y lentitud, ya al paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas donde se había hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban los grupos en los boulevares. Esta represión no se verificó sin ruido y sin el extrépito tumultuoso que acompaña á los choques entre el ejército y el pueblo, que era el que percibía Enjolras en los intervalos de la fusilería y la metralla. Vió además pasar por la esquina de la calle heridos que llevaban en parihuelas, y dijo á Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza de los insurrectos duró poco; la claridad que creyeron entrever no tardó en eclipsarse. En menos de media hora lo que veían en la atmósfera se desvaneció; fué como un relámpago sin rayos, y sintieron volver á caer sobre ellos esa especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir al verse abandonados.

Habiendo abortado el movimiento general, que pareció haberse bosquejado vagamente, la atención del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podían ya concentrarse en las tres ó cuatro barricadas que aun se sostenían.

El sol ascendía en el horizonte. Un insurrecto interpelló de este modo á Enjolras:

—Tenemos hambre. ¿Vamos á morir sin comer antes?

Enjolras, que seguía apoyado en la almena y sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

XIV.

En el que se leerá el nombre de la querida de Enjolras.

Courfeyrac, sentado en un adoquín junto á Enjolras, continuaba insultando al cañón, y cada vez que con monstruoso ruido pasaba la sombría nube de proyectiles que se denomina metralla, él le arrojaba una bocanada de ironía.

—Echa los pulmones, infeliz; me das lástima: te desgañitas en vano. Eso no es trueno, eso es tos.

Todos reían á su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor aumentaba el peligro, sustituían, como la señora Scarron, el chiste al alimento, y no teniendo vino, escanciaban á todos alegría.

—Admiro á Enjolras, decía Bossuet. Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo y por eso quizás está triste, porque su misma grandeza le obliga á permanecer viudo. Todos nosotros tenemos más ó menos queridas que nos vuelven locos, esto es, valientes. El que está enamorado como un tigre no es extraño que pelee como un león. Así nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las grisetas. Roldán se hace matar por que rabie Angélica. Nuestros actos heroicos provienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin

gatillo; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien, Enjolras no tiene mujer, no está enamorado, y sin embargo, es intrépido. Es cosa inaudita que sea frío como la nieve y atrevido como el fuego.

Enjolras parecía que no escuchaba, pero el que hubiese estado á su lado le hubiera oído pronunciar á media voz esta palabra:—*Patria.*

Aun se reía Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—Novedad!

Y con la voz de un ujier que anuncia añadió:

—Me llamo pieza de á ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de entrar en escena: otro cañón.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

Esto indicaba que ya se acercaba el desenlace.

En seguida las dos piezas, perfectamente servidas, tiraban de frente contra el reducto y las descargas cerradas del batallón de línea y las de las afueras sostenían á la artillería.

Oíanse también cañonazos á cierta distancia: era que al mismo tiempo que estas dos piezas se encarnizaban contra la barricada de la calle de la Chanvrière, otras dos bocas de fuego acribillaban el reducto de Saint-Merry. Los cuatro cañones se hacían eco lúgubrememente. Los perros sombríos de la guerra se respondían mutuamente con sus ladridos.

De las dos piezas asestadas contra la barricada de la calle de la Chanvrière, una tiraba con metralla y otra con bala rasa. La última tenía la puntería algo más alta, y el tiro estaba calculado de modo que la bala hiriese la extremidad de la arista superior de la barricada, la derribase y arrojase pedazos de adoquines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla. La dirección del tiro tenía por objeto alejar á los combatientes de la cima del reducto, obligándoles á agruparse en lo interior, con la intención de dar el asalto.

Ahuyentados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podían adelantarse por la calle, sin que les apuntaran y acaso hasta sin ser vistas, escalar de repente el reducto, como la noche anterior, y tomarle tal vez por sorpresa.

—Es absolutamente preciso disminuir el daño que nos hacen esas piezas, dijo

Enjolras, y gritó: ¡Fuego contra los artilleros!

Como todos estaban preparados, la barricada, que tanto tiempo se mantuvo silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose unas á otras siete ú ocho descargas con cierta rabia mezclada de alegría.

La calle se llenó de humo espesísimo, y al cabo de algunos minutos, entre aquella bruma rayada de llamaradas se divisó confusamente á dos terceras partes de artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que quedaron en pie continuaban sirviendo las piezas con tranquilidad, pero el fuego había disminuido.

—Casi podemos cantar victoria, dijo Bossuet á Enjolras.

Enjolras, meneando la cabeza, contestó:

—Con que dure esta victoria un cuarto de hora más, no nos quedarán ni diez cartuchos en la barricada.

Gavroche oyó estas palabras de su jefe.

XV.

Gavroche fuera de la barricada.

De pronto, Courfeyrac vió un bulto al pie de la barricada, en medio de la calle y al alcance de las balas.

Gavroche había tomado en la taberna una cesta de las que sirven para poner botellas, y saliendo por la cortadura de la barricada, se ocupaba tranquilamente en vaciar en dicha cesta las cartucheras de los guardias nacionales que habían muerto en el declive del reducto.

—¿Qué haces ahí? le preguntó Courfeyrac.

—Ciudadano, lleno mi cesta, le contestó Gavroche.

—No ves la metralla?

—Es igual; está lloviendo. ¿Qué más?

—Entra! le gritó Courfeyrac.

—Al instante, contestó el pilluelo, y se internó en la calle.

Recordarán los lectores que la compañía de Jannicot, al retirarse, había dejado tras sí un rastro de cadáveres. Yacían en el empedrado de la calle sobre unos veinte, que significaban veinte cartucheras para Gavroche y una provision de cartuchos para la barricada.

El humo formaba en la calle una niebla. El que haya visto una nube en la garganta de las montañas entre dos alturas perpendiculares, puede figurarse lo

que sería aquel humo encerrado y como condensado por las dos líneas sombrías de casas altas. Subía lentamente y se renovaba sin cesar, produciendo oscuridad gradual, que empañaba la luz del sol al medio día. Los combatientes se distinguían apenas de un extremo á otro de la calle, á pesar de ser corta.

Aquella oscuridad, que probablemente habrían previsto y calculado los jefes que debían dirigir el asalto de la barricada, fué útil á Gavroche. Entre aquel velo de humo pudo avanzar por la calle, sin que le viesen, y desocupar las siete ú ocho primeras cartucheras sin gran peligro.

Se arrastraba boca abajo, andaba á gatas, cogía la cesta con los dientes, se torcía, se deslizaba, serpenteaba de un cadáver á otro y vaciaba cada cartuchera como un mono abre una nuez.

No se atrevían á gritarle que volviese desde la barricada por miedo de llamar la atención hácia él.

En el bolsillo del cadáver de un cabo encontró un frasco de pólvora.

—Para la sed, dijo guardándose.

A fuerza de seguir avanzando, llegó donde la niebla de la fusilería era ya tan transparente, que los tiradores de la tropa de línea y los del batallón de las afueras notaron que se movía algo entre el humo.

En el momento en que Gavroche vaciaba la cartuchera de un sargento, una bala hirió el cadáver.

—Caracoles! dijo Gavroche. ¡Matan á mis muertos!

Otra bala arrancó chispas del empedrado junto á él.

La tercera volcó el cesto.

Gavroche miró y vió que el fuego procedía de los guardias nacionales de las afueras.

Se puso en pié, con los cabellos esparcidos al viento, con los brazos puestos en jarra, con los ojos fijos en los guardias nacionales, y les cantó:

*Si uno es feo en Nanterre,
la culpa es de Voltaire;
si es bruto en Palaiseau,
la culpa es de Rousseau.*

Después recogió la cesta, volvió á meter en ella, sin perder ni uno, los cartuchos que habían caído al suelo, y sin miedo á los tiros se dedicó á desocupar otra cartuchera.

La cuarta bala que le dispararon tampoco le acertó.

Gavroche volvió á cantar:

*Notario voy á ser
por culpa de Voltaire;
y si lo soy ó no,
la culpa es de Rousseau.*

La quinta bala no produjo más efecto que el de inspirarle la tercera copla:

*La alegría es mi sér
por culpa de Voltaire;
si tan pobre soy yo,
la culpa es de Rousseau.*

Continuaron tirándole durante algún tiempo: el espectáculo era espantoso y entretenido á la vez. Gavroche servía de blanco á las balas y se burlaba de los fusiles. Parecía que se divertía mucho. Era el gorrion picoteando á los cazadores. A cada descarga respondía con una copla. Le apuntaban siempre y no le acertaban nunca. Los guardias nacionales y los soldados se reían al apuntarle: se echaba en el suelo, se levantaba, se escondía en el ángulo de una puerta, después saltaba, desaparecía y volvía á aparecer; respondía á la metralla poniéndose el dedo pulgar en la nariz y tendiendo los demás dedos, mientras robaba cartuchos, vaciaba cartucheras y llenaba el cesto.

Los insurrectos le seguían con la vista casi sin respirar; estaban temblando mientras él cantaba. No era un niño ni un hombre; era extraño pilluelo y hada; parecía el enano invulnerable de la pelea. Las balas corrían tras él, pero él era más listo que las balas. Jugaba á una especie de juego terrible, el juego del escondite con la muerte; y cada vez que el espectro acercaba su faz lívida, el pilluelo le daba un papirotazo.

Sin embargo, una bala, mejor dirigida ó más traidora que las otras, le alcanzó. Vióse vacilar á Gavroche y luego caer. Todos los de la barricada lanzaron un grito.

Había algo de Anteo en aquel pigmeo: para el pilluelo, tocar el empedrado es como para el gigante tocar la tierra. Gavroche había caído para volverse á levantar. Se incorporó y dejó ver una larga línea de sangre que le rayaba la cara. Alzó los dos brazos al aire, miró hácia el punto de donde había salido el tiro y se puso á cantar:

*Si acabo de caer,
la culpa es de Voltaire;
si una bala me dió,
la culpa es...*

No pudo acabar la canción. Otra bala del mismo tirador le cortó la frase en la garganta. Esta vez cayó con el rostro

contra el suelo y ya no se movió. El alma grande de aquel niño había volado á otro mundo.

XVI.

Donde se verá que el hermano puede convertirse en padre.

Había en aquellos días en el jardín de Luxemburgo dos niños que iban cogidos de la mano, uno de siete años y otro de cinco. Los había mojado la lluvia y por eso paseaban por donde daba el sol. El mayor conducía al más pequeño; ambos iban haraposos y estaban pálidos.

El más pequeño decía:

—Tengo hambre.

El mayor, con ínfulas de protección, conducía al otro con la mano izquierda y en la derecha llevaba una varita.

Se encontraban solos en el jardín, porque como había revolución, la policía hizo cerrar las verjas y el jardín estaba desierto. Las tropas que habían pasado en él la noche se habían ido á pelear.

Cómo estaban allí aquellos chicos? Quizá se habían evadido de algún cuerpo de guardia entreabierto; quizá se habían huido del portillo del Infierno, de la esplanada del Observatorio ó de algún barracon de saltimbanquis; quizá el día anterior, por la tarde, burlando la vigilancia de los inspectores del jardín al cerrar la verja, se habían quedado allí y pasado la noche en alguna de esas garitas donde se leen los periódicos. El hecho es que vagaban por allí y que parecían estar libres. Vagar y parecer libres es estar perdidos; y lo estaban, en efecto, aquellos pobres niños.

Estos niños eran los que inquietaban á Gavroche, los hijos de Thenardier, que vivían con la tía Magnon, atribuidos al señor Gillenormand, y que ahora eran hojas caídas de todas esas ramas sin raíces y que rodaban por tierra á impulsos del viento.

Estos dos seres pertenecían ya á la estadística de los niños abandonados que la policía comprueba, recoge, extravía y vuelve á encontrar en las calles de París.

Solo en un día de tanta confusión se comprende que estuviesen en el jardín de Luxemburgo. Si los inspectores los hubiesen visto los hubieran arrojado de allí. Los niños pobres no entran en los jardines públicos. Sin embargo de que

debía pensarse que, como niños, tienen derecho á las flores.

Se encontraban allí, pues, por haber mandado cerrar la verja. Estaban allí de contrabando. Se escurrieron en el jardín y se quedaron dentro.

Los inspectores, aquel día, participando de la pública ansiedad y más ocupados en lo exterior que en lo interior, no se cuidaron del jardín y no vieron á los delincuentes.

La víspera había llovido y también la mañana de aquel día, pero los chaparrones en Junio no calan la tierra. El suelo se seca tan pronto como la mejilla de un niño.

En el instante del solsticio la luz del medio día es, digámoslo así, punzante. Se apodera de todo. Se duplica y se superpone á la tierra como una especie de succión, como si el sol tuviera sed. Un chaparrón es un vaso de agua. La lluvia se bebe al momento. Por la mañana hay arroyos que corren: por la tarde hay polvo que se levanta. Es admirable el verdor que la lluvia lava y el sol seca; es como sentir el ambiente cálido y fresco á un mismo tiempo. Los jardines y las praderas, con el agua en sus raíces y el sol en sus flores, se convierten en braseros de incienso y exhalan á la vez todos sus perfumes. Todo sonríe, canta y embriaga. La primavera es un paraíso provisional, y el sol ayuda al hombre á tener paciencia hasta que llegue el definitivo.

Hay seres que no piden más; vivientes que teniendo el cielo azul dicen: "¡Me basta!". Ignoran esa gran necesidad del hombre, lo finito, que admite el alcance de un abrazo. No se acuerdan de lo finito que admite el progreso, el trabajo sublime. Huye de su mente lo indefinido, que nace de la combinación humana y divina de lo infinito y de lo finito. Se sonríen viéndose frente á frente de la inmensidad. Para ellos no existe la alegría, sino el éxtasis. Abismarse constituye su vida. En su concepto, la historia de la humanidad no es más que un plano dividido en fracciones, en el que no se halla el todo; el verdadero todo está fuera. El hombre es un pormenor, dicen; para qué acordarse de esa fracción? Decís que el hombre padece: es muy posible; pero mirad en cambio cómo se eleva Aldebaran. Decís que á la madre se le ha agotado la leche, que el recién nacido se está muriendo; así será, no lo sabemos, pero en cambio contemplad el magnífico roseton que forma la albura del abeto

cuando se la examina con el microscopio y comparadla con el más rico encaje.

Esos pensadores se olvidan de amar. Es tanto lo que en ellos influye el zodíaco, que les impide ver al niño que llora. Dios les eclipsa el alma. Constituyen una familia de inteligencias grandes y pequeñas á la vez. Horacio pertenecía á ese número, y Goethe, y también quizás Lafontaine, magníficos egoístas del infinito, espectadores tranquilos del dolor, que no ven á Nerón cuando hace buen tiempo, á los que el sol oculta la hoguera, que verían guillotinar buscando en el suplicio un efecto de luz, que no oyen el grito, ni el sollozo, ni el estertor, ni el toque de alarma, para los que todo se encuentra bien dispuesto porque existe el mes de Mayo, que están satisfechos porque ven sobre sus cabezas horizontes de púrpura y de oro, y que son felices porque los astros brillan y porque las aves cantan.

Podría comparárseles á cuerpos radiantes que despiden tinieblas. Ni siquiera sospechan que son dignos de lástima, y sin embargo lo son, porque el que no llora no vé.

El 6 de Junio de 1832, á las once de la mañana, estaba hermoso el jardín de Luxemburgo, despoblado y solitario.

Los arriates y los parterres se enviaban, en medio de la luz, perfumes y resplandores. Las ramas, locas con la claridad del medio día, parecía que querían abrazarse.

Habia en los sicomoros una batahola de curruacas; los gorriones celebraban su triunfo, y otros pajarillos trepaban por los castaños, picoteando en los agujeros de la corteza. La platabanda aceptaba la supremacía de los lirios. El más augusto de los perfumes es el que sale de la blancura. Se aspiraba olor aromático de los claveles. El sol doraba y encendía los tulipanes, que no son otra cosa que las variedades de las llamas convertidas en flores. En torno de los bancos de tulipanes se remolineaban las abejas, chispas de aquellas flores-llamas.

Las estatuas, debajo de los árboles, desnudas y blancas, presentaban ropajes de sombras agujereados de luz: eran diosas con harapos de sol; de todas partes les colgaban los rayos. Alrededor del estanque grande la tierra estaba ya seca y hasta caliente. Se movía bastante viento para levantar acá y allá remolinos de polvo, y algunas hojas amarillas, restos del último otoño, se perseguían

alegremente como los pilluelos en sus juegos.

La abundancia de claridad tenía un no sé qué de tranquilizadora. La vida, la savia, el calor, los efluvios se desbordaban; sentíase en la creación lo enorme del manantial; en los soplos cariñosos, en el vaiven de reverberaciones y de reflejos, en la prodigiosa expención de rayos, en el derrame indefinido de oro fluído se sentía la prodigalidad de lo inagotable, y detrás de tanto esplendor, como detrás de una cortina de llamas, se entreveía á Dios, ese millonario de estrellas.

Gracias á la arena no había una mancha de lodo; gracias á la lluvia no había un grano de polvo. Los ramilletes acababan de lavarse; todo el terciopelo, todo el raso, todos los barnices, todo el oro que sale de la tierra en forma de flores, se ofrecían á la vista con su mayor pureza. Toda aquella magnificencia respiraba aseo. El gran silencio de la naturaleza dichosa llenaba el jardín; pero era un silencio celeste y compatible con mil músicas, con los arrullos de los nidos, con los zumbidos de los enjambres, con las palpitaciones del viento. Toda la armonía de la estación se completaba en agradable conjunto.

Un veterano del cuartel vecino, que contemplaba la naturaleza al través de la verja, exclamaba:

—Es la primavera que llega con su uniforme de gala.

La naturaleza se desayunaba; la creación se había sentado á la mesa; era su hora. El gran mantel azul estaba tendido en el cielo y el gran mantel verde sobre la tierra. El sol alumbraba á toda luz. Dios servía el banquete universal. Cada sér tenía su alimento ó su ración.

Los niños abandonados habían llegado junto al estanque y procuraban esconderse como si les asustase tanta luz, por ese instinto del pobre y del débil que le hace huir hasta de la magnificencia impersonal, y se ocultaron detrás de la cabaña de los Cisnes.

De vez en cuando oían confusamente desde lejos gritos, ruido, una especie de estertor tumultuoso, que producía el fuego de los fusiles, y golpes sordos, que eran los cañonazos. Veíase humo sobre los tejados por la parte del Mercado y sonaba á lo lejos una campana que parecía llamar.

Los niños no daban indicios de notar nada de esto. El más pequeño repetía de vez en cuando á media voz:

—Tengo hambre.

Casi á la par que los dos niños, arriábase otra pareja al estanque. Un honrado vecino de cincuenta años, que conducía de la mano á otro honrado vecino de seis: sin duda eran padre é hijo. El hijo llevaba un bollo enorme.

En aquella época ciertas casas ribereñas poseían una llave del Luxemburgo, que usaban los inquilinos cuando las verjas estaban cerradas: este privilegio se suprimió despues. Aquel padre y aquel hijo indudablemente salían de una de esas casas.

Los pobrecillos niños vieron venir á aquel señor y se escondieron más.

Era éste un sugeto acomodado, tal vez el mismo á quien Mario un día oyó en medio de su amorosa fiebre aconsejar á su hijo, junto al mismo estanque, "que evitase los excesos".

Tenía aspecto afable y altivo, pero su boca sonreía sin cesar, con la sonrisa mecánica que se produce por tener demasiada mandíbula y poca piel y que enseña, más que el alma, los dientes. El niño llevaba el bollo mordido y no seguía comiendo; parecía disgustado: vestía uniforme de guardia nacional, quizá por haber motin, pero el padre iba vestido de paisano, quizá por prudencia.

Detuviéronse el padre y el hijo junto al estanque, en el que se refocilaban los cisnes. Aquel ciudadano parecía que profesaba admiración especial á dichos animales: entonces estaban nadando, y como este es su principal talento, parecían magníficos.

Si los dos pobrecillos niños se hubiesen puesto á escuchar y hubieran tenido edad para comprender, se hubieran enterado de lo que el ciudadano grave decía á su hijo:

—El sábio se contenta con muy poco. Toma mi ejemplo. No me gusta el fausto. No gasto nunca trajes galoneados ni piedras preciosas. Dejo ese falso brillo para las almas mal organizadas.

En aquel instante grandes gritos, algazara y aumento de sonidos de campanas se oyeron por la parte del Mercado.

—Qué es eso? preguntó el niño.

—Son saturnales, le respondió su padre.

De pronto vió á los dos chicos haraposos que seguían inmóviles detrás de la casita verde de los Cisnes.

—Ese es el principio, dijo aquel hombre.

Despues de una corta pausa, añadió:

—La anarquía entra en este jardín.

El hijo volvió á morder el bollo, escupió el bocado y se echó á llorar bruscamente.

—Por qué lloras? preguntó el padre.

—Porque no tengo gana, contestó el muchacho.

El padre se sonrió y le dijo:

—No es preciso tener gana para comerse un bollo.

—Me repugna, está muy duro.

—No quieres más?

—No.

El padre, señalándole los cisnes, dijo:

—Árrójalo á esos palmípedos.

El niño vaciló. Aunque no se quiera un bollo, no es esta una razón para darlo.

—Sé humano. Es preciso tener lástima de los animales.

Quitó el bollo á su hijo y lo tiró al estanque. El bollo cayó bastante cerca de la orilla.

Los cisnes estaban bastante lejos, y ocupados en hacer alguna presa, no habían visto al ciudadano ni al bollo.

El buen señor, conociendo que éste corría peligro de perderse y pesaroso de un sacrificio inútil, comenzó á ejecutar movimientos telegráficos, con los que consiguió llamar la atención de los cisnes.

Divisaron éstos algo que sobrenadaba; viraron de bordo, como si fueran barcas, y se dirigieron hácia el bollo lentamente, con esa majestad augusta que tan bien sienta á los animales blancos.

—Los cisnes comprenden las señas, exclamó el ciudadano.

En aquel momento el tumulto lejano de la ciudad creció repentinamente de un modo siniestro.

Hay bocanadas de viento que hablan con más claridad que otras: la que soplabá entonces llevó hasta allí distintamente los redobles del tambor, los gritos, las descargas cerradas y las lúgubres respuestas de la campana y el cañon. Coincidió esto con una nube negra que ocultó al sol de pronto.

Todavía los cisnes no habían llegado hasta el bollo.

—Vámonos, dijo el padre, que atacan las Tullerías.

Cogió otra vez á su hijo de la mano y prosiguió:

—De las Tullerías al Luxemburgo no hay más distancia que la que separa la dignidad de rey de la dignidad de par. No es grande. Las balas van á llover. Quizás también vá á descargar la lluvia,

El cielo toma parte en todo esto. La rama segunda está condenada. Vámonos aprisa.

—Quisiera ver cómo los cisnes se comen el bollo, dijo el niño.

—Eso sería una imprudencia, le respondió el padre, llevándose.

El niño, que sentía dejar los cisnes, andaba de prisa, volviendo la cabeza hácia el estanque, hasta que un grupo de árboles se lo ocultó.

Entre tanto, al mismo tiempo que los cisnes, los niños vagabundos se habían acercado al bollo, que flotaba sobre el agua.

Mientras el pequeño no apartaba los ojos de él, el mayor se quedó mirando á los que salían del jardín. En cuanto los perdió de vista se tendió con prontitud boca abajo en el borde redondeado del estanque, y aferrándose á él con la mano izquierda, inclinado sobre el agua, casi expuesto á caer, extendió con la mano derecha la varita hácia el bollo.

Los cisnes, viendo al enemigo, se dieron prisa, y al apresurarse produjeron un efecto de pecho útil al niño pescador. El agua refluyó delante de ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hácia la varita del niño.

Esta tocaba al bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes: el muchacho dió un golpe vivo, lo atrajo hácia sí, asustó á los cisnes, lo cogió y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los niños tenían hambre y sed. El mayor dividió el bollo en dos partes, una mayor y otra más pequeña; se quedó la pequeña y dió la mayor á su hermanito, diciéndole:

—Echate eso al colete.

XVII.

Mortuus pater, filium moriturum, expectat.

Mario se lanzó fuera de la barricada; Combeferre le siguió, pero llegaron tarde; Gavroche había ya muerto.

Combeferre recogió el cesto lleno de cartuchos y Mario se llevó al muchacho.

Pensaba éste que lo que el padre de Gavroche hizo por su padre él podía hacerlo por el hijo; pero Thenardier encontró á su padre aun vivo y él encontraba al hijo de éste muerto.

Cuando Mario volvió á la barricada con Gavroche en brazos, llevaba, como el pilluelo, el rostro manchado de sangre; en el instante que se bajó para co-

gerle, una bala le pasó rozando el cráneo sin que lo advirtiera.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó la frente de Mario.

Pusieron á Gavroche sobre la misma mesa que á Babeuf y extendieron sobre ambos cuerpos el paño negro, que fué suficiente para tapar al anciano y al niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos que había traído en el cesto, proporcionando á cada hombre quince tiros más.

Juan Valjean seguía en el mismo sitio sin moverse.

Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—Qué escéntrico tan raro! dijo en voz baja Combeferre á Enjolras; ha encontrado el medio de no batirse en la barricada.

—Lo que no le impide defenderla, contestó Enjolras.

—El heroísmo tiene sus originales, repuso Combeferre.

—Este original es distinto del tío Babeuf, añadió Courfeyrac.

Es de notar que el fuego que se hacía contra la barricada no perturbaba el ánimo de sus defensores. Los que nunca han formado parte del remolino que constituye esta clase de guerra, no se pueden imaginar los singulares momentos de tranquilidad que se entremezclan con terribles convulsiones.

Se vá y se viene, se habla, se dicen chistes y se pasa el tiempo.

El reducto de la calle de la Chanvrière, repetimos, parecía tranquilo en su interior, cuando todas las peripecias y todas las fases habían sido ó iban á ser agotadas. Su posición, de crítica había pasado á amenazadora, y de amenazadora iba á pasar á desesperada.

Enjolras, grave, dominaba la barricada con la actitud del jóven espartano que consagra su espada desnuda al sombrío géneo Epídotas.

Combeferre curaba á los heridos con el mandil atado á la cintura. Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche encontró en el bolsillo del cabo, y el primero decía al segundo:

—Pronto tomaremos el pasaporte para el otro planeta.

Courfeyrac, sentado en los adoquines que se había reservado junto á Enjolras, disponía y arreglaba todo un arsenal, el baston de estoque, el fusil, dos pistolas de arzon y un cuchillo, con el cuidado

de una jóven que ordena sus avíos de tocador.

Juan Valjean, mudo é inmóvil, miraba la pared que tenía enfrente.

Un obrero se sujetaba á la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tía Hucheloup, *porque no le molestasen los rayos del sol*, según decía.

Los jóvenes de la Cougourde de Aix charlaban alegremente unos con otros, como si tuvieran prisa de hablar su dialecto por última vez.

Joly había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup y se examinaba en él la lengua. Algunos combatientes que descubrieron mendrugos de pan muy secos en una gaveta, se los comían con ansia. Mario estaba inquieto pensando en lo que le diría su padre.

XVIII.

El buitre convertido en presa.

Queremos ocuparnos de un hecho psicológico que es propio de las barricadas, porque no debe omitirse nada de lo que caracteriza la sorprendente guerra de las calles.

A pesar de la extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que estaban dentro de ella, seguía siendo como una visión.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil, y todas las brumas de lo desconocido se mezclan en sus terribles resplandores; las revoluciones son esfinges, y todo el que estuvo en una barricada cree haber soñado. Lo que allí se siente es más y menos que la vida. Cuando se está fuera de la barricada, no se sabe ya lo que desde allí se presenció. El que allí estuvo fué terrible y no lo sabe; le rodeaban ideas que combatían, que tenían rostros humanos, y su cabeza de patriota se iluminaba con la claridad del porvenir. Veía allí cadáveres tendidos y fantasmas en pié. Las horas eran allí colosales y parecían horas de eternidad. Había vivido en la muerte. Había visto pasear sombras. Después lo olvidó todo.

Volvamos ahora á la calle de la Chanvrière.

De repente, entre dos descargas, se oyó el toque lejano de la campana de un reloj.

—Son las doce, dijo Combeferre.

Aun no habían acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pié, exclamó con voz tonante desde lo alto de la barricada:

—Subid adoquines á la taberna y coladlos en el reborde de la ventana y de la buhardilla. La mitad de la gente á los fusiles y la otra mitad á las piedras. No hay un minuto que perder.

Una partida de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer en órden de batalla en el extremo de la calle. Evidentemente formaban la cabeza de la columna de ataque. Los zapadores bomberos, encargados de demoler la barricada, preceden siempre á los soldados que han de escalarla.

Ejecutóse la órden de Enjolras con la diligente exactitud que es propia de los buques y de las barricadas, únicos sitios de combate donde no es posible evadirse. En menos de un minuto subieron al primer piso y á la buhardilla las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras había hecho amontonar en la puerta de Corinto; los colocaron artísticamente uno sobre otro, tapiando hasta la mitad de su altura la ventana de aquel y los tragaluces de aquella. Feuilly, que fué el principal constructor, dejó algunos intervalos para colocar los cañones de los fusiles. Esta especie de parapeto se formó con facilidad, porque no disparaban metralla. Las dos piezas estaban tirando con bala al centro del reducto con objeto de abrir un agujero, y si era posible una brecha para el asalto.

Cuando los adoquines destinados á la defensa estuvieron en su sitio, Enjolras mandó subir al primer piso las botellas que estaban colocadas debajo de la mesa que sostenía los dos cadáveres.

—Quién se las beberá? preguntó Bossuet.

—Ellos, contestó Enjolras.

Se tapió en seguida la ventana del piso bajo y prepararon los travesaños de hierro que servían para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna. La fortaleza estaba completa. La barricada era el baluarte y la taberna el torreón.

Con los adoquines que quedaron se cerró la cortadura.

Como los defensores de las barricadas se ven obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con calma irritante y tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen con lentitud metódica; después estalla el rayo.

Esta lentitud permitió á Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo: cuando así lo hizo, volvióse hácia Mario y le dijo:

—Los dos somos jefes. Voy dentro á dar algunas órdenes; quédate fuera tú y observa.

Mario se colocó de vigía en la cúspide de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina, que, como recordarán los lectores, servía de hospital.

—Que no lleguen las salpicaduras hasta los heridos, dijo.

Dió las últimas instrucciones en la sala baja; Feuilly se enteraba de ellas y contestaba en nombre de todos.

—Preparad hachas en el primer piso para cortar la escalera. Las hay?

—Sí, respondió Feuilly.

—Cuántas?

—Dos hachas y un machete.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran siete. Tened á mano esos siete fusiles cargados como los demás; poneos en el cinto los sables y las pistolas. Que haya veinte hombres en la barricada y seis emboscados en la boardilla y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores por las troneras de los adoquines. Luego, cuando el tambor toque á atacar, que los veinte de abajo se precipiten á la barricada. Los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió á Javert y le dijo:

—No te olvido.

Dejando una pistola sobre la mesa, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos á ese espía.

—Aquí mismo? preguntó una voz.

—No, no mezclemos ese cadáver con los nuestros. Conducidle y ejecutadle en la barricada pequeña de la callejuela de Mondetour.

Entre los presentes habia un individuo más impasible que Enjolras, y era Javert.

En aquel momento se presentó Juan Valjean, que estaba confundido entre el grupo de los insurrectos.

Dirigiéndose á Enjolras, le preguntó:

—Sois el jefe?

—Sí.

—Hace poco me habeis dado las gracias.

—Sí, en nombre de la República. La barricada tiene dos salvadores: Mario Pontmercy y vos.

—Creéis que merezco recompensa?

—Ciertamente.

—Pues bien, la reclamo.

—Qué recompensa quereis?

—La de matar á ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible y repuso:

—Justo es.

Enjolras estaba cargando la carabina, miró á los insurrectos y preguntó:

—No hay nadie que reclame?

Despues, dirigiéndose á Juan Valjean, le dijo:

—Os entrego el polizonte.

Juan Valjean se apoderó de Javert, sentándose al extremo de la mesa. Cogió la pistola y un ruido débil y seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—Alerta! gritó Mario desde lo alto de la barricada.

Javert se echó á reir con la risa sorda que le era propia, y mirando fijamente á los insurrectos, les dijo:

—No estais en menos peligro que yo.

—Todos fuera! gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron en la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:

—Hasta luego.

XIX.

La venganza de Juan Valjean.

Cuando Juan Valjean se quedó solo con Javert, desató la cuerda que sujetaba al prisionero por la mitad del cuerpo. En seguida le hizo señal de que se levantase.

Javert obedeció, teniendo en los labios la indefinible sonrisa que condensa la supremacía de la autoridad encadenada.

Juan Valjean cogió á Javert por la gamarra, como cogeria una acémila por las riendas, y arrastrándole en pos de sí salió de la taberna lentamente, porque Javert, por tener las piernas trabadas, solo podia dar pasos muy cortos.

Juan Valjean llevaba la pistola en la mano.

Atravesaron así el trapecio interior de la barricada.

Los insurgentes, atentos al ataque que iba á sobrevenir, estaban de espaldas á ellos. Solo Mario, que estaba ladeado en la extremidad izquierda del parapeto, los vió pasar.

El grupo que formaban el paciente y

el verdugo se iluminó á sus ojos con la luz sepulcral que habia en su alma.

Juan Valjean, aunque con algun trabajo, hizo que Javert, atado y sin soltarle un instante, escalase la trinchera baja de la callejuela de Mondetour.

En cuanto pasaron este parapeto se encontraron solos en la calle. Nadie los veía. El ángulo que formaban las casas les ocultaba á la vista de los insurrectos. A pocos pasos de allí estaban hacinados los cadáveres que sacaron de la barricada.

Entre el monton de los muertos se distinguía un rostro lívido, una cabellera suelta, una mano agujereada y un seno de mujer casi desnudo: era Eponina.

Javert contempló el cadáver y dijo en voz baja, pero profundamente tranquilo:

—Me parece que conozco á esa muchacha.

Juan Valjean se puso la pistola debajo del brazo y fijó en Javert una mirada que no necesitaba palabras para decir: soy yo.

Javert contestó á aquella mirada:

—Desquitate.

Juan Valjean sacó una navaja del bolsillo y la abrió.

—Un jabeque! exclamó Javert. Tienes razon; eso es lo que mejor te cuadra.

Juan Valjean cortó la gamarra que Javert tenia al cuello; en seguida le cortó las cuerdas de las muñecas, y por último las de los piés.

Luego le dijo:

—Estais libre.

Javert no era hombre que se asombraba con facilidad, pero á pesar de ser tan dueño de sí mismo, se conmovió. Quedóse inmóvil y con la boca abierta.

Juan Valjean le dijo lo que sigue:

—No creo salir de aquí; pero si salgo, os participo que me llamo Fauchelevent, que vivo en la calle del Hombre-Armado, núm. 7.

Javert experimentó un estremecimiento de tigre, que le hizo entreabrir los labios, y murmuró entre dientes:

—Guárdate de mí.

—Idos, le dijo Juan Valjean.

Javert repuso:

—¿Te llamas Fauchelevent y vives en la calle del Hombre-Armado?

—Número 7.

—Número 7, repitió Javert en voz baja.

Se abrochó la levita, dió media vuelta, cruzó los brazos, apoyando la barba en una de las manos, y se encaminó en di-

reccion del Mercado. Juan Valjean le seguía con la vista. En cuanto Javert dió algunos pasos, se paró y dijo gritando:

—Me fastidiais. Mejor será que me mateis.

Javert no advertia que no tuteaba ya á Juan Valjean.

—Idos, repitió éste.

Javert se alejó poco á poco. Un instante despues habia ya doblado la esquina de la calle de Predicadores.

En cuanto Javert desapareció, Juan Valjean descargó la pistola al aire.

En seguida entró otra vez en la barricada y dijo:

—Es asunto terminado.

Veamos ahora lo que sucedia en la barricada.

Mario, más ocupado en lo de afuera que en lo de adentro, no se habia fijado en el espía hasta que le vió pasar desde el reducto. Cuando le vió á la luz del dia atravesar la barricada para ir á la muerte le conoció. Repentinamente le asaltó un recuerdo. Se acordó del inspector de la calle de Pontoise y de las pistolas que le entregó, que le sirvieron en la barricada, y no solo recordó su fisonomía, sino que recordó hasta el nombre; pero su recuerdo era nebuloso y confuso, como estaban todas sus ideas, y se dirigió á sí mismo, no una afirmacion, sino una pregunta:

—¿Este es el inspector de policia que se llama Javert?

Quizá aun era tiempo de intervenir en favor de aquel hombre, pero quiso antes cerciorarse de que era él efectivamente.

Mario fué en busca de Enjolras y le preguntó:

—Cómo se llama ese hombre?

—Quién?

—El agente de policia. ¿Sabes cómo se llama?

—Nos lo ha dicho; se llama Javert.

En aquel instante se oyó el pistoletazo.

Juan Valjean aparecia entonces diciendo:

—Es asunto terminado.

Frio glacial atravesó el corazon de Mario.

XX.

Los muertos tienen razon y los vivos tambien.

Empezaba la agonía de la barricada. Todo contribuía á aumentar la tragica majestad de aquel momento supremo; ruidos misteriosos en el aire; el